

Adolescencia y violencia

La violencia es una conducta social compleja y aprendida, que se adquiere e interioriza a partir de claves de socialización. Durante la socialización, la endoculturación y la educación formal son procesos que configurarán en el y la adolescente los elementos de predisposición que, en concurso con sus propias vulnerabilidades biológicas y personales, lo y la situarán en riesgo de convertirse en un o una agente agresor o agresora en el plano interpersonal o que, por el contrario, traducirán el repertorio de habilidades y conductas que le posibilitará afrontar los escenarios interpersonales y sociales de manera funcional y pacífica. El ejercicio de violencia sistemática responde a la permanencia de esquemas neurocognitivos que, traduciendo el aprendizaje interiorizado por socialización, están muy vinculados a la identidad individual, que comienza a formarse en la adolescencia temprana y acaba consolidándose en la juventud tardía.

Palabras clave: juventud, violencia, socialización, identidad.

La violencia humana es una conducta compleja, biológicamente sustentada en los correlatos fisiológicos de la agresividad y expresada conductualmente a partir de la interacción de esa agresividad, que forma parte del substrato filogenético, con factores ontogenéticos de socialización modelados a partir del entorno cultural en que está inscrito el sujeto. En ese sentido, la agresividad podría considerarse un *drive* que sirve de base a la manifestación de conductas de diverso tipo, adquiridas por medio de procesos de aprendizaje en su sentido amplio. Una de esas conductas adquiridas sería la violencia.

La violencia es una conducta social aprendida. Si se entiende, pues, que cualquier expresión de violencia es función del individuo inserto en un marco cultural, puede afirmarse entonces que estará determinada en su mayor proporción por los procesos de socialización, procesos que a su vez influyen en la estructuración de la personalidad individual desde el desarrollo infantil.

La construcción de la personalidad individual es un proceso complejo que está influido por la experiencia temprana, germina encrespado en la adolescencia, se consolida con dificultad en la juventud y termina definitivamente de asentarse en la treintena. Durante el desarrollo, el individuo es permeable, a través de los denominados *agentes de socialización*, al modelado que ejercen las pautas culturales predominantes en su entorno de socialización. Sobre el eje biológico-constitucional del sujeto, bajo la influencia inicial de la experiencia temprana, se despliega progresivamente en el individuo la que será su estructura de personalidad. Dentro de la personalidad, lo que al final determinará el talante individual en

la expresión de conductas complejas, como la violencia, será el autoconcepto o identidad, un constructo que describe la percepción que el sujeto tiene de sí mismo y aquella que piensa que los demás tienen de él.

En el ejercicio de cualquier violencia sistemática, la identidad es el filtro que regula su encaje comportamental en la personalidad a lo largo del tiempo. De esta manera, si se blinda una justificación ideológica incorporada a la identidad, es más probable que se despliegue un comportamiento violento autojustificado de forma egosintónica (que no crea malestar porque no hay disonancia entre lo que la persona cree y aquello que obra). Tiene una lógica de peso, por tanto, que farragosas argumentaciones de índole socio-política sean las que mayormente alimentan los esquemas mentales que apuntalan la identidad-dispuesta-para-la-violencia de adolescentes o jóvenes que se adscriben a movimientos o grupos violentos, puesto que son argumentos altamente acomodables a cualquier interpretación a conveniencia que pueda esgrimirse para explicar una porción de la realidad social.

1. Socialización

La socialización, que describe una evolución longitudinal a lo largo de toda la existencia del sujeto, dista de circunscribirse a un patrón único. Antes al contrario. Altamente dependiente del conjunto de factores constitucionales, de los rasgos personales emergentes en el sujeto, del núcleo familiar y del contexto microsocioal específico en que se produce, el proceso de socialización de cada individuo describe un progreso idiosincrásico que se corresponde con la traducción final de una identidad individual. No obstante, esta ecuación, donde convergen diversos componentes, nos está informando también de que, a pesar de la diversidad individual, cuanto más igualemos los factores de socialización más aproximados serán los patrones de comportamiento. O dicho de otra manera, a mayor endogamia de socialización, mayor uniformidad interindividual.

En la socialización de la violencia influyen de manera determinante dos procesos inherentes a la propia transmisión de patrones comportamentales en el seno social. Uno es más informal, la endoculturación, y el otro más reglado, la educación.

La Antropología considera a la endoculturación el proceso de aprendizaje mediante el cual la generación de mayor edad invita, induce y constriñe a la más joven a adquirir los modos tradicionales de pensamiento y conducta. Todas las personas adaptadas a sistemas culturales y, sobre todo, aquellos hábitats en los que el núcleo familiar constituye la piedra angular de las relaciones sociales, están subordinados a éste. En la socialización de la violencia influyen de manera determinante dos procesos inherentes a la propia transmisión de patrones comportamentales en el seno social. Uno es más informal, la endoculturación, y el otro más reglado, la educación.

La endoculturación es un proceso continuo e imperceptible, consciente e inconsciente, en el que las ideas de una generación permean, se transmiten sin dificultad alguna las mentes en evolución de niños y jóvenes. Es una de las formas más efectivas de transmisión de una determinada cultura y una de las maneras más silenciosas de hacer pervivir un ideario si se cuenta con la existencia de colectivos endógenos, formados por personas que sólo se relacionan con sus "iguales", en los que los chicos y las chicas son amigos y amigas de los hijos y las hijas de los amigos y amigas de sus padres y de sus

madres; en los que las pandillas se forman en barrios empapados por consignas ideológicas, de corte contrasocial o no pero en todo caso excluyentes, en los que se crece entre pintadas y conversaciones tamizadas de mensajes hostiles.

A la endoculturación se suma la influencia negativa de ciertos sistemas educativos. La educación, como método sistematizado de aprendizaje, se desarrolla en torno a la transmisión de una serie de enseñanzas impregnadas de todas las premisas culturales bajo las que ha nacido. En este sentido, se puede apuntar que todo tipo de educación es restrictiva 'ab definitionem', pues prima determinada serie de normas y comportamientos excluyendo preventivamente ciertas ideas y conductas como malas o inconvenientes. Con todo, las disciplinas educativas modernas, en línea con la globalización, fomentan la aparición de conductas favorables a la tolerancia y al entendimiento como valores, haciendo posible un grado aceptable de convivencia social.

2. Construcción mental de una realidad paralela

El ser humano es un constructor activo de la realidad. Las estructuras dispuestas en el organismo para recolectar información acerca del entorno articulan un complejo sistema cuyos mecanismos permiten a cada persona elaborar su propia y única comprensión subjetiva de la realidad. El mismo objeto, por ejemplo una maleta de viaje o un pañuelo, puede traducirse en una profusión de significados diversos en individuos singulares según el contenido de sus experiencias personales. La maleta evocaría viajes exóticos en unas personas o vacaciones anuales rutinarias en otras; el pañuelo llamaría a recordar una velada romántica en alguien, mientras que en algún otro su significación no superaría el remedio ante un exabrupto fisiológico. Con todo, tales significados, aunque separados en lo personal, están sustentados sobre un eje básico determinado por los parámetros definitorios fundamentales que dan forma al objeto, los cuales nos permiten concluir que aquello que se observa es, en efecto, una maleta o un pañuelo. Puede afirmarse, por tanto, la existencia de un amplio consenso perceptivo sobre el entorno, que nos permite manejarnos en el mundo como colectivo social.

Tal consenso, no obstante, es menor en cuanto entramos a considerar formas cargadas simbólicamente, y todavía más precario en tanto nos aproximamos a elaboraciones mentales abstractas sustentadas esencialmente en atribuciones y en la interpretación de conceptos, como son las creencias o las ideologías. Símbolos y creencias ven reducidos el ámbito en que son compartidos, a menudo limitando el acuerdo sobre su percepción a grupos que las utilizan a la manera de signos definitorios de su identidad: es el caso de enseññas, himnos, mitos e iconos. Todo ese mundo simbólico representativo lo podemos encontrar, en el caso de adolescentes, en grupos o fraternías radicados en torno a un ideario étnico o sociopolítico, como las bandas latinas de reciente aparición en España o los grupos neonazis, con más tiempo de presencia. Ambos comparten la identificación de la pertenencia al grupo por medio de una serie de símbolos, gestos, modos de expresión y conductas que no sólo establecen los límites perceptivos de la asimilación intragrupal sino que distinguen al colectivo del resto de individuos y grupos externos. Esta funcionalidad del lenguaje simbólico es particularmente incidente en la adolescencia, puesto que es en esta etapa

del desarrollo donde se están forjando los cimientos de lo que será un principio de identidad personal.

El conjunto de representaciones mentales que conforman la creencia y el símbolo, contruidos subjetivamente a partir de la interpretación de la realidad objetiva, asumen la función adicional y activa de pasar a servir de filtros con los que interpretar y evaluar la nueva información que llega al perceptor, con los que “descifrar con sencillez unas realidades demasiado complejas” (Maalouf, 1998). De un modo bidireccional, el individuo construye la creencia a partir de su entorno personal hasta que llega un punto en que, estable y asentada en la mente, esa creencia comienza a servir para elaborar y filtrar la percepción de ese mismo entorno, ajustando la información que es coherente con la red de esquemas y rechazando o reinterpretando la disonante. En ese proceso, los esquemas mentales que vertebran esas creencias o ideologías toman progresivamente el control de la conducta en contextos donde el contenido de esos esquemas sea más proclive a activarse. Comienza a fraguarse, así, una realidad paralela, cargada simbólica y subjetivamente, que determina la conducta del sujeto o del grupo en donde la creencia sea un elemento definitorio de la identidad. Los esquemas mentales, instrumentalizados a través de actitudes, asumen una actividad autónoma y paulatinamente automatizada que guía la conducta y de la que poco a poco el perceptor deja de ser consciente. La incidencia de estos esquemas es mayor en conductas complejas cuyos desarrollos se justifican sobre la base de creencias o teorías acerca de cómo debe funcionar la realidad. Diversos tipos de conducta violenta, sistemática y premeditada, se apoyan en esta clase de dinámicas subjetivas.

En ese estado de cosas, la violencia puede ser practicada en el marco de un escenario mental donde tenga perfecto sentido para quien la ejerce; donde la realidad de una víctima —a quien se deshumaniza— se racionalice sin afectar al equilibrio personal del victimizador. Incluso, los esquemas compartidos por un grupo violento, que ajustan el imput perceptivo que sus integrantes reciben del entorno social, pueden poseer un contenido ideológico de tal magnitud que la violencia se considere un valor contramoral [pues reinterpreta, torticeramente, el encuadre moral de la sociedad]. De este modo, el grupo violento asumirá a la manera de un deber rectificar por la fuerza esa realidad exterior para que, pretendidamente, adopte la forma dictada por el subjetivo conjunto de reglas construidas e interiorizadas por el grupo, esto es: su realidad paralela. En el plano colectivo, la definición de esa realidad paralela es nuclear en el caso de fundamentalismos ideológicos, ya sean de corte político, étnico o religioso, canalizados a través de radicalismos violentos. En el ámbito individual, por su parte, encontramos agresores adolescentes que ejercen violencia sobre un determinado tipo de víctimas en parcelas personales concretas, de manera compartimentalizada y actuando ajustadamente en el desempeño del resto de roles sociales, difundiendo hacia los demás una imagen de normalidad perversa mientras golpean en el escenario donde sus esquemas de violencia se activan. Ambas agrupaciones de individuos comparten la posesión de entramados cognitivos encapsulados [aislados y cerrados] que les permiten asumir la violencia como una conducta auto-aceptada, reforzándose convicciones y actitudes cada vez que se produce una ignición del mecanismo que vincula esquema mental justificador y comportamiento agresivo.

3. Un escenario de socialización en la violencia: las agresiones a mujeres

Disponemos de cálculos que nos informan de que las mujeres maltratadas están expuestas a una media de entre cinco y siete años de violencia por parte de un hombre. Durante todo ese tiempo el objetivo estratégico del agresor es dominar y someter a la mujer, anularla en la ecuación interpersonal. La violencia es la traumática herramienta instrumental que busca romper a la mujer para alcanzar ese propósito estratégico e integral. Romper a la mujer estructuralmente, fracturar su identidad y su personalidad. El repertorio de tácticas de los agresores es tan variado como execrable. Violencia psicológica, siempre. Aislamiento progresivo, erosión paulatina de la red de apoyos social de la mujer, limitación de conductas, de movimientos. Devaluación y desvalorización, agresiones verbales, negación de las emociones. Después y durante, agresiones sexuales, agresiones físicas de todo tipo. Coacciones, manipulación de los hijos. Un 12% de las mujeres agredidas en España en espacios de familia lo son por un hijo adolescente además de por un hombre adulto. Es uno de los efectos colaterales de la violencia, la transmisión intergeneracional del maltrato.

La violencia masculina hacia la mujer está presente en todos los estratos socioeconómicos, en todos los tramos de edad, es independiente del nivel de renta o de estudios, del trabajo del agresor o de su víctima. Hace unos años, una investigación de la Universidad Autónoma de Madrid reveló que alrededor de un treinta por ciento de estudiantes universitarios, masculinos, ejercían algún tipo de violencia hacia mujeres universitarias, en su mismo rango de edad, con las que mantenían relaciones. Al menos un diecisiete por ciento de los jóvenes agresores masculinos consideraban que cierto tipo de violencia era admisible, en determinadas circunstancias, hacia sus novias. Esos hombres jóvenes entendían que agredir a una mujer estaba justificado. Un siete por ciento de las mujeres en la muestra estudiada había experimentado una violación consumada o en grado de tentativa.

Cuando encontramos violencia masculina hacia la mujer en adolescentes universitarios inmediatamente nuestras hipótesis apuntan a que existe un factor cultural alimentando esa violencia. El diecisiete por ciento de esos estudiantes justificaban su violencia pero, además, un seis por ciento de las mujeres también entendían que algún tipo de violencia que recibían por parte de sus agresores tenían alguna razón. La comprendían bajo determinadas circunstancias. Existen pautas culturales, ligadas a la educación de género, que se encuentran en la raíz de la violencia masculina.

Los hijos e hijas de las mujeres atacadas son receptores directos de la violencia contra sus madres. Incluso cuando no hayan recibido un solo golpe. Las consecuencias para la salud de estos niños son gravísimas y, no sorpresivamente, el glosario de trastornos observados guarda un estrecho paralelismo con las consecuencias que para la mujer tiene la violencia masculina. Sin recibir un solo golpe, un niño puede desarrollar un síndrome de estrés postraumático por la violencia que recibe su madre. Así, podemos entender que una parte de los adolescentes que ejercen violencia son víctimas de una dinámica de asimilación de la agresión como repertorio legítimo de conducta a través de un agente primario de socialización como, en este caso, es el padre golpeador. Es lo que se conoce como “transmisión intergeneracional del maltrato”. Sin embargo, desconocemos el peso causal de este factor y, con todo, en qué medida está presente en la historia de

socialización de los adolescentes varones que ejercen violencia hacia chicas de los mismos tramos de edad.

Incluso considerando la incidencia de la transmisión intergeneracional del maltrato en un porcentaje, ignorado, de adolescentes varones que ejercen violencia hacia mujeres, ya sean sus madres (como en el 12% de la muestra sociológica española) o en chicas de su misma edad, en esa violencia ejercida por adolescentes masculinos intuimos la presencia de, al menos, dos de los elementos de transmisión cultural de valores ya aludidos. Existen, probablemente, pautas educativas, relacionadas con códigos formales y explícitos de validación de conductas en la familia que favorecen o legitiman el ejercicio de poder coactivo hacia la mujer y que, esencialmente, emanan del referente masculino. Y, también y en paralelo, encontramos esos códigos de difusión endocultural, más implícitos y trans-situacionales, que consideran la violencia un comportamiento aceptable y funcional en el que puede incurrir un hombre, aunque sea adolescente, para “corregir” la conducta de una mujer.

4. La violencia reside en el cerebro

Sin entrar a considerar el extremo de socializaciones específicas en entornos violentos o aquellos contextos subculturales que acepten la violencia como vía de intervención política o social, en cuanto a los mecanismos cognitivos para lograr una egosintonía, una interiorización no disonante de la violencia, hay que comenzar afirmando que la mayoría de los procesos de socialización reprueban y sancionan por diversos medios explícitos e implícitos el ejercicio de la violencia en las relaciones interpersonales. De un modo general puede apuntarse, en línea con lo expuesto por Walters (1990) para el delincuente habitual, que los adolescentes que son violentos en general y que no tengan ningún tipo de trastorno psiquiátrico, toman decisiones agresivas porque disponen de un sistema cognitivo que les permite filtrar la realidad de manera que validen la intención de dañar, siendo condiciones como la autoesculpación las que posibilitan que el sujeto transgreda los límites normativos aceptados y se comporte de forma violenta.

Desde los trabajos clásicos de Stanley Milgram (1963, 1965, 1974) sobre obediencia a la autoridad, ha sido Albert Bandura (1990) quien de un modo más específico ha investigado acerca de las construcciones cognitivas que permiten al individuo autorregular la conducta violenta para acoplarla, de manera egosintónica, a su repertorio de comportamiento. Mientras los experimentos de Milgram tenían como núcleo central los efectos que la inserción de un individuo en una estructura jerárquica podrían producir en la disociación de éste de su conducta —a la manera de lo que el autor denominaba un *estado agéntico*— y la violencia de los sujetos experimentales era considerada a modo de epifenómeno, Bandura en cambio aborda en profundidad la observación de los factores que posibilitan la agresión sistemática en personas que han sido socializadas en entornos no permisivos con la violencia. Postulando un sistema autorregulatorio de control moral construido durante el aprendizaje en el desarrollo del individuo, el autor propone que existen una serie de *mecanismos de desconexión moral* (moral disengagement) que posibilitarían al sujeto circunvalar respuestas autodisuasorias, autorreactivas o autopunitivas resultado de la violación consciente de normas aprendidas de

conducta. Entre los mecanismos citados para condicionar el sistema de control interno figurarían desde la reconstrucción conductual, pasando por el etiquetaje eufemista, el desplazamiento de la responsabilidad o la minimización, hasta la deshumanización o el autoengaño por racionalización. De este modo, en personas sin patología mental, la violencia se convierte en personal y socialmente aceptable por medio de una reestructuración cognitiva donde se altera el valor moral previamente atribuible al comportamiento agresivo.

BIBLIOGRAFÍA

Bandura, A. (1990). Mechanisms of moral disengagement; en W. Reich (ed), *Origins of Terrorism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Maalouf, A. (1998). *Les identités meurtrières*. Paris: Éditions Grasset et Fasquelle.

Milgram, S. (1963). Behavioral study of obedience. *Journal of Abnormal Social Psychology*, n.º 67.

Milgram, S. (1965). Liberating effects of group pressure. *Journal of Personality and Social Psychology*, n.º 1.

Milgram, S. (1974). *Obedience to Authority*. London: Tavistock.

Walters, G. (1990). *The criminal lifestyle*. Newbury Park: Sage.

